

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVI

Julio de 1939

Núm. 169

Puntos de vista

En torno a la juventud

EN nuestro número anterior nos referíamos al fenómeno de la juventud desprovista de guías y conductores. Debemos insistir sobre este capítulo de la vida nacional, porque es a nuestro juicio el más sombrío que se ofrece en el horizonte. La juventud excéptica es el peor mal que puede sobrevenirle a un pueblo como el nuestro puesto que la función fundamental de una masa joven, es precisamente la confianza. No daríamos un paso sino tuviéramos la evidencia de lograr un éxito, y este éxito no se conquista sino a costa de una fuerte creencia en el propio valer.

Tal vez si existiera una juventud consciente de sus deberes y no afiliada a bandos políticos transitorios, no veríamos el espectáculo cada vez más lamentable de la pequeñez de las figuras humanas que se agitan sobre el tablado de la política. El destino de un país se fragua por la energía de sus reservas humanas. Estas reservas no la componen por supuesto, los hombres ya agotados en la lucha diaria, sino los equipos juveniles, los que están marcando el paso para nuevas empresas, y aprestándose para tomar el sitio que fatalmente habrán de dejar los otros.

En Chile la juventud no ha tenido sino participación escasa en los movimientos esencialmente ideológicos. Cuando se trató de derribar prepotencias políticas, la juventud fué buscada para ayudar en la tarea a los que habían empezado a sentirse solos, por la indiferencia del pueblo. Queremos decir que los políticos que

fracasaron en sus intentos y sintieron sobre sí el desprecio de la opinión pública general, buscaron en las masas universitarias el apoyo para sus ambiciones. Logrado este objetivo con el concurso de la juventud, pronto ésta advirtió el fracaso de su colaboración. Se dió cuenta de que no había sido sino masa dócil con la que aquellos políticos habían satisfecho apetitos de mando o de supremacía. La historia se ha venido repitiendo bajo distintos aspectos y fórmulas diversas.

Hay una consigna suprema en la juventud: la preparación para el porvenir. No nos hagamos ilusiones sobre su capacidad para colaborar en las tareas de la función política, sino ha tenido antes una previa y honda inmersión en el estudio. No se realiza nada en el orden social o económico sino existe la voluntad del aprendizaje, el contacto con la ciencia, y la fe en la propia estimación como elementos útiles para la colectividad.

Formar escuadrones bulliciosos es fácil y lanzarlos a aventuras de orden revolucionario, igualmente fácil. Pero estas actitudes no son suficientes para afirmar una conducta o para determinar la naturaleza de la función política. Representan estados transitorios que pronto se disuelven en dolorosos desengaños. Hemos visto además cómo se desenvuelven en nuestro medio muchos elementos que penetraron demasiado temprano al campo de las luchas simplemente electorales. En cada suceso ofrecen una cara distinta y un aspecto nuevo que no corresponden a otra cosa que la indecisión y la inestabilidad de sus propias convicciones. Al cabo de un tiempo abandonan el campo arrojados por sus mismos partidarios o bien, desengañados y entristecidos sin haber logrado otro estímulo que el caer de mala manera.

Es pues, una consigna, volvemos a insistir para la juventud, la de bregar en la preparación constante de su capacidad intelectual. En lugar de formar en los escuadrones que a la postre no son sino comparsas, es más urgente demostrar que tienen un alto concepto de sus deberes para con la colectividad. Este alto concepto consiste en prepararse para el futuro, al margen de combinaciones

efímeras, por encima de las luchas simplemente doctrinales. Si la juventud no se recoge en el fecundo silencio del estudio, corre el riesgo de aparecer como ocurre, improvisando una ciencia que desconoce y atribuyéndose un rol incompatible con la realidad. El país necesita hombres formados, no improvisaciones estériles y esterilizadoras. Requiere del concurso de elementos capacitados y no de mentalidades superficiales que no conocen su propio país y las necesidades que reclama, tanto en el orden social como en el político y económico, hay que abandonar la idea por ahora más vulgarizada de que basta la buena intención o la fraseología para servir en una tarea pública. Son infinitos los fracasos y tristes las verificaciones que día a día se registran.

El saber es seriedad y constancia. Las grandes figuras de la política universal, se formaron en largas meditaciones y en renovados actos de experiencia. No crecieron como entre nosotros, del aire ni fueron encontrados en las calles, o de pie en una esquina mirando pasar mañana y tarde, el riachuelo humano. Fueron felices al sacrificio, porque para acumular ciencia y sabiduría, hay necesidad de sufrimiento y sobriedad. No de gritos en la vida pública o de placeres estúpidos o negando y destruyendo lo que hicieron los antepasados.

Recorrer la vida de los que han servido a la humanidad es asistir a un espectáculo grandioso de honestidad y de dignidad. En cambio recorrer la vida de muchos de estos elementos que saltan entre nosotros, de la calle a un sitio de responsabilidad es asistir a un espectáculo de lamentable precariedad humana y de negación de toda grande idea de cultura.

La juventud tiene en nuestro país, deberes ineludibles. Para cumplirlos es preciso comenzar por prepararse con prescindencia de toda otra forma estéril de bullicio y de oratoria populachera.